Oscar Garay, *in memoriam*

MANOLO BARROS

Me piden que escriba algo sobre Oscar, en su memoria, y dicen que es porque yo era el miembro del Departamento que tenía un contacto más estrecho con él. Sin embargo, justo por ello, a mí me parece un encargo muy difícil ya que mi relación con Oscar era especial.

Existen palabras de las que en nuestro mundo, tan líquido, se ha abusado hasta el empacho para separarlas de sus hermosos significados. El uso recurrente, excesivo, de vocablos tales como democracia, libertad o amistad, ha vulgarizado de manera obscena y soez sus verdaderos valores. No es este mi caso en cuanto a la amistad. No son muchas las personas que hicieron crecer en mí lo que yo entiendo por amistad pero en todo caso, y valga en ello mi definición de Oscar, él era mi amigo, mi compañero del alma.

Es evidente que yo no soy Miguel Hernández de manera que no se espere, ni se deduzca, de mi intervención siquiera un atisbo de elegía. Lo último que quisiera es caer en la cursilería tan ubicua en este tipo de encomiendas para intentar expresar con palabras la gran pena y el tremendo dolor que me ha causado la desaparición de mi amigo.

Yo fui su profesor en algunas de las asignaturas que entonces integraban los estudios de la Licenciatura en Matemáticas, cuando Oscar vino de su norte peninsular, de Santoña, a estudiar al sur, a Granada. Acabó y tras realizar la reválida, entró como Profesor Ayudante en el Departamento.

Aquel año empezó su doctorado bajo mi dirección, al tiempo que una muy estrecha colaboración nacía entre nosotros, algo que con el tiempo creció y maduró hasta la fatal singularidad ocurrida el pasado cuatro de mayo.

Tras doctorarse, Oscar ganó, por concurso oposición, una plaza de Profesor Titular en el Departamento. Estoy hablando de 1989 y fue en el crepúsculo de 1994 cuando obtuvo, también por concurso oposición, una Cátedra en la UPV (Universidad del País Vasco). Volvió entonces al norte, a Bilbao, acompañado de su mujer, Mercedes, y de sus hijos, Iker y Ruth, donde ha vivido, muy cerca de la ría, hasta su fallecimiento.

Desde entonces, nuestra colaboración científica fue extraordinaria. Era muy fácil y agradable, casi diría que era una delicia, compartir con Oscar ideas y conocimientos. Hemos participado, de manera conjunta. en diversos proyectos de investigación y publicado un buen número de artículos científicos.

Era Oscar intuitivo pero muy riguroso, sus argumentaciones eran naturales y elegantes, simples pero siempre respaldadas por cálculos precisos. Su seguridad en el cálculo era admirable. Colaborar con él era, como ya he mencionado, todo un placer.

Pero hablando de Oscar, es imprescindible que me refiera a una gran afición también compartida, una devoción paralela a la Matemática y que ejercíamos con cierta frecuencia, potenciada sin duda por la distancia entre el norte y el sur. Me refiero a nuestro gusto por las *rutas tradicionales*.

Cada vez que Oscar llegaba a Granada, algo que ocurría unas cuantas veces al año, solíamos disfrutar de imprescindibles rutas de tapas y cervecitas, que discurrían por el centro y también por el entorno de la Facultad. De manera dual, mis recurrentes subidas científicas a Bilbao, las complementábamos con maravillosas rutas de pintxos tradicionales por el casco viejo. En una de mis primeras veces, descubrí un portento conocido con el nombre de gilda, una espectacular combinación de guindilla verde con anchoa cántabra. Me dijo Oscar que aunque su origen era donostiarra, en realidad en Bilbao era donde mejor se hacían y en eso, en la cuestión de las anchoas, Oscar era una auténtica autoridad.

Ahora, ya todo esto se acabó. Tuve conocimiento del inicio del fin cuando con voz firme, como era la suya, y por teléfono, me informó del terrible diagnóstico que le acompañaba. Fue una tarde del otoño del diecinueve y comenzó diciendo, como en él era costumbre: *¿Qué tal chico?*

Tras un jubiloso: *¡Hombre Oscar, qué tal!*, su voz poderosa y clara continuó: *¡Tengo malas noticias...!*

Ya todo empezó a ser diferente. Ahora tengo que intentar convivir con su ausencia, pero es que me cuesta mucho, me cuesta mucho imaginar y aceptar que mi amigo Oscar se ha ido.